

## EL VIAJE

No estaba acostumbrado a ver el mundo desde la parte trasera del coche. Toda su vida sobre ruedas la había pasado tras el volante, por lo que el hecho de poder fijar su mirada en un punto más allá de los límites de la calzada era una experiencia maravillosa. Quizá era lo único dotado de belleza de aquel día. El color de sus emociones estaba muy lejos del verde que las últimas lluvias habían traído a los campos que ahora le acompañaban a un lado y otro de la carretera. Durante los primeros kilómetros de aquel corto viaje a su pueblo natal se sintió aterrorizado, deseando tener un motivo para no ir. Más tarde, se dio cuenta de lo estúpido de aquellas emociones y se convenció de que debía aprovechar aquella oportunidad que el azaroso devenir de su existencia le había dado. Ahora sentía una extraña mezcla de ambas emociones, pasando de una a otra casi en el transcurso del mismo segundo.

Una vez que se alejó de la ciudad el paisaje se le mostró a sus ojos cada vez más parecido al de su juventud, lo que provocaba que experimentase una regresión que le evocaba vívidamente aquella época de su vida; curiosamente la que había sido más feliz para él.

No fue una época fácil, los años de la posguerra no lo habían sido para casi nadie. Tuvo que trabajar duro casi desde que echó los dientes, todos tuvieron que hacerlo; pero él tuvo la suerte de poseer un carácter que le permitió divertirse y ser moderadamente feliz dentro de aquella particular jornada de trabajo de prácticamente veinticuatro horas. Además, su relación familiar rozaba lo idílico.

Ahora, con el paso del tiempo, cuando evocaba y evaluaba lo que había sido su vida no le cabía duda de que, a partir de esa época que ahora recordaba, todo había ido progresivamente y con muy pocas pausas a peor. Justo al revés que el resto

del país. También estaba convencido de que la llegada de la madurez vino acompañada del estancamiento en casi todos los ámbitos de su vida. El trabajo, el matrimonio, los hijos... también fueron buenos tiempos aunque dotados de lo bueno y lo malo que la monotonía trajo consigo. En cualquier caso, nunca llegó a sentirse desafortunado.

Ese sentimiento, junto con el de enfado, la pena, el desengaño, las ofensas y la ira; llegaron uno tras otro a partir del funeral de su padre que murió apenas seis meses después de que su madre cruzase la barrera que separa el mundo de los vivos del de los muertos. Y todo sucedió porque ninguno de los dos creyó necesario hacer testamento para repartir la que había sido su casa y un saldo irrisorio en la cuenta corriente. Nunca imaginaron que sus dos hijos consideraran que tenían el mismo derecho a todo.

Las tensiones llegaron cuando surgió el ineludible momento de hacer cuentas, lo que se convirtió en un verdadero problema, teniendo en cuenta que aquel piso solo originaba gastos; además de soportar la morosidad de los inquilinos. Sobretudo porque si bien nadie estaba dispuesto a desprenderse del dinero para afrontar los pagos, tampoco estaban dispuestos a renunciar a su pequeño trozo de pastel. Así que todo aquello solo podía acabar en desastre.

Así fue como llegaron al enfado, el desengaño y la pena, sentimientos que desconocía pero que albergaron su corazón de forma definitiva día tras día hasta aquella mañana en las oficinas del notario donde todo cambió. No lo gustaba pensar en aquel día porque había sido muy traumático para él y desde luego no podía decir que lo hubiera superado, aunque este viaje que realizaba quizá indicase que estaba empezando a aceptarlo. Su mujer era la que más estaba sufriendo aquella situación, sobre todo por las noches, se le hacían interminables.

¿Veré a mi hermano? – se preguntó. Era posible, siempre pensó que el azar tenía un sentido del humor bastante malvado. Además ¿Qué lo impedía?

El coche salió de una curva cerrada y embocó una larga recta al fondo de la cual apareció su pueblo, que había crecido hasta alcanzar el doble de su tamaño, devorando la sierra que se alzaba tras él y los pinares que antaño lo cobijaron. Su pueblo era más grande, pero le pareció un lugar muy diferente del que conoció cuando niño y a su parecer indudablemente mucho más feo.

Después de cruzar por calles que le parecían de una gran ciudad el coche empezó a circular por otras que sí tenían un huequecito en sus recuerdos. Giraron a la izquierda dejando atrás el lugar donde uno de sus amigos le abrió una brecha en la frente de una pedrada. Recordar como su madre le había reñido y curado a la vez le llenó de emociones confusas que jamás hubiera podido explicar.

Llegaron a la iglesia antes de lo esperado, entre la gente que se agolpaba ante la fachada encalada pudo reconocer a algunos de sus amigos arremolinados alrededor de su esposa y sus hijos, como guardianes protectores. Recordó los consejos que días atrás le había dado su mujer... *“Olvídate de todo, ve al notario, firma y deja el mundo correr y cada uno en su casa y dios en la de todos”*... y se convenció de que tenía que haberle hecho caso, pero cuando en aquel despacho las palabras subidas de tono cedieron su lugar a las ofensas y los insultos ya estaba todo perdido y en algún lugar de su fuero interno siempre lo había sabido.

De los insultos pasaron a la ira e inmediatamente después a las manos. Los malos golpes son los que terminan muchas discusiones y aquella pelea no fue una excepción. Su hermano lanzó el brazo y hundió el puño en su mejilla derecha haciéndole caer, golpeando accidentalmente su sien sobre el pico de la mesa del

notario. Mientras su vida se desvanecía pudo ver a su hermano mirarle con el gesto desenchajado, y comprobar en aquella mirada cómo se asentaba en su interior la conciencia de la que había hecho y cómo esa realidad empujaba a la razón fuera del cuerpo y la mente. Lo último que pudo ver con claridad fue a su hermano clavándose un abrecartas en el cuello.

Sus dos hijos y algunos de sus amigos sacaron su cuerpo del coche funerario echándose seguidamente el féretro al hombro. Él, su alma inmortal, vio como todos aquellos a quienes había querido se alejaban junto a lo que quedaba de su existencia terrenal. Todos entraron en la iglesia y la plaza se quedó solitaria, pero su hermano estaba allí, ya tan inmortal como él. Ambos podían sentir la presencia incorpórea del otro, algo parecido a un pensamiento llegó hasta él pero no era suyo y entonces comprendió que su hermano se estaba comunicando con él.

- “Qué estúpidos hemos sido”- dijo aquel pensamiento
- “Cierto”
- “Al final lo que hemos conseguido es dejar a nuestras familias abandonadas”
- “Si me hubiera parado a pensar en las cosas verdaderamente importantes tú y yo estaríamos tomando unas cañas y no convertidos en almas en pena”
- “Si hubiéramos pensado en eso no hubiera hecho falta notario ni nada, y jamás hubiera soltado el puño”
- “Yo nunca hubiera dicho las cosas que dije”
- “Todo habría sido distinto”
- “Sí”
- “¿Y ahora qué? Debería ir directo al infierno por asesino y suicida, pero sigo aquí, deambulando por el mundo sin saber que coño pinto aquí”
- “Creo que lo merezco tanto como tú. Pero sabes, tal vez nuestro castigo sea permanecer en el mundo para ver lo bueno que nos perdemos. Ver crecer a

nuestros hijos, casarse, conocer a nuestros nietos y no poder disfrutar de todo ello”

- “Y también verlos morir a todos”
- “Sí, creo que ese es nuestro castigo”

El cortejo fúnebre salió de la iglesia y se dirigieron al cementerio. Las dos almas hermanas lo siguieron y una vez que el ataúd quedó depositado en el nicho y sellado en su interior se separaron. Aquella noche él permaneció en el dormitorio junto a su esposa pero no intentó comunicarse con ella como en días anteriores, comprendía que eso podía hacer que se volviese loca y desde luego no era lo que él deseaba. Se quedó percibiendo la realidad de un modo distinto, pero aunque él ya no fuese un ser vivo aun podía sentir la tristeza en su espíritu y al pensar que aquello era lo que le esperaba para el resto de la eternidad su alma lloró.

**FIN**